

VUESTRA PÁGINA, JOVENES

Elogio de lo Superfluo

"Y en verdad os digo que dondequiera que este Evangelio sea predicado, también será referido lo que ella hizo para memoria suya". Mateo 26, 13.

Ante el nardo ofrendado por Magdalena al Señor, Judas reacciona airadamente. El, que está acostumbrado a manejar monedas, no entiende el sentido de un acto sin fin práctico.

Tú, que eres joven, te habrás sentido herido muchas veces por críticas punzantes de quienes no entienden que puedes realizar algo con un fin que no sea lucro.

Jesús fue el primero que, defendiéndote anticipadamente, hizo el "elogio de lo superfluo". Comprendemos que te hayas sentido emocionado por sus palabras que glorifican el color que no se puede marcar, la forma que es así, simplemente porque sí, la belleza y el ritmo que son, simplemente. Sólo quien como tú es joven, de edad o de espíritu, puede entender que no se den los frutos del otoño sin el derroche de la primavera, o que se puede preferir un arriate de inútiles rosas a un plantío de hortalizas.

En el fondo, el utilitarismo de los iscarotes que consideran superfluos los ideales, esconde un egoísmo absoluto y el más burdo materialismo. Ellos también, con el pre-

texto de defender a los necesitados, pretenden fundar un gobierno temporal.

Los niños son maestros en valorar lo "inútil", lo superfluo. Por ello juegan sin perseguir ningún

Juventud y Madurez

El término se usa mucho. Se habla de "fe madura", de "cristianismo maduro", de "juventud madura". Hay palabras preñadas de significado que lamentablemente se ponen de moda, pues de tanto usarlas se abaratan.

El término madurez es relativo. Cuando se lo une a juventud pareciera sonar a contrasentido, porque es propio de aquella estar en camino y no en posesión de la madurez. Por otra parte, es un concepto cargado de dinamismo porque no se logra la madurez de una vez y para siempre, como se conservan los veinte años una vez que se han cumplido. Podemos hablar más bien de una actitud madura que como todo lo humano tendrá sus altibajos, sus subidas y bajadas. Además es preciso diferenciar términos que a veces se confunden: madurez no significa solemnidad, que es empaca-

objetivo en su acción; desgastan energías, corren, parlotean, para nada . . . , aparentemente para nada.

El Evangelio es la restauración del valor de la belleza, de la vida de la poesía, del espíritu. En él, tu poesía, tu vida, tu idealismo hallarán el genuino justificativo. ‡

miento y falta de espontaneidad; madurez no es un riguroso actuar siempre bien ni la posesión a veces ingenua de un esquema que creemos verdadero que todo lo resuelve. Lejos de ello, hay madurez en las dudas del que sabe que la verdad tiene infinitas aristas que son imposibles de abacar todas juntas a la vez; madurez es pensar que nuestro criterio no es el único patrón de juicio; madurez es saber decir sí cuando estamos seguros de poder cumplir el compromiso y decir ¡no! sin el menor empacho cuando el hacerlo implica traicionarnos a nosotros mismos.

La madurez es una meta que siempre se aleja, que nunca se logra completamente, pero por la que hay que luchar sin descanso. Con estos reparos también nosotros deseamos a nuestros amigos una auténtica madurez. ‡

. . . por MARIELLA y DANIEL . . .

UN SACRISTAN DISTRAIDO

El señor Cura de aquel pueblito de campaña estaba enfermo, y aconteció que no pudiendo celebrar la santa misa del domingo, llamó a su sacristán y le dijo:

—Mira, Tiburcio. Ya ves que continúo con mucha fiebre, de modo que me será imposible celebrar. Me harás un favor. Toma un papel anota en él lo que te voy a decir; te subes al púlpito y das a los fieles los avisos que te señalaré.

—Muy bien, Padre.

—Les dices que yo estoy enfermo, y que no podrán oír misa, pero que eso no es pecado; que mañana lunes se casan María Fernández con Juan Pérez, que el martes no se puede comer carne; que el miércoles es la fiesta de San Pedro y San Pablo; que el jueves es vispera del primer viernes y que se atenderán confesiones, y que el domingo se hará la colecta para enviar el óbolo al Papa, y que la cartera que olvidaron en la iglesia puede su dueño pedirla en la sacristía.

—¿Lo anotaste todo?

—No, Padre, pero me voy a acordar de todo perfectamente.

Momentos después, el sacristán sube al púlpito y dice:

—El señor Cura está enfermo, y eso no es pecado; mañana lunes se casan San Pedro y San Pablo; pasado mañana María Fernández y Juan Pérez no deben comer carne; el jueves es el primer viernes y el domingo vendrá a esta iglesia el Papa a pedir limosna con la cartera que está en la sacristía.

—JERONIMO DE BRASILEIRA
Colegio de Comercio